

Eterno Carrusel

(Por Adolfo Güémez L.C)

Hay recuerdos y recuerdos. Cada cual los tiene para aventar para arriba. Están los que regresan cuando menos lo esperamos y los que evocamos en momentos especiales. Hay lugar para los de edades tempranas, sin dejar de lado los más recientes.

En mi caso, los recuerdos que tengo más vivos son aquellos de mi infancia. Además, siempre que inicia un curso escolar vuelven a mí como hormigas al agujero. Y el que no falta es la imagen de aquel viejo carrusel que solían poner en la feria de Navidad. ¡Todavía lo puedo ver! No era muy grande, pero por la noche parecía el mismo sol vestido de arco iris. Sus caballos y carrozas me hacían sentir en un cuento de Hadas. En los primeros íbamos los niños. Éramos caballeros al rescate de una dama o en busca de un tesoro. En las segundas iban las niñas, reinas vestidas de gala, princesas recién rescatadas de un monstruo horripilante. Eran figuras algo descarapeladas por el pasar del tiempo, pero la ilusión lo suplía todo. Entre vuelta y vuelta venían mil y un juegos, mil y una fantasías. Todo era soñar.

Esta memoria se me presenta como una advertencia, pues hay etapas de la vida que se me antojan como un carrusel: la gente va encima de su caballo, tranquila mientras gira. De vez en cuando el paseo se detiene. Son momentos difíciles, pero pasan. La música adormece y las luces a veces encandilan. La vida sigue y se convierte en un eterno girar sobre las mismas cosas, en un eterno carrusel.

Otras etapas, por el contrario, son aquellas en que las personas se lanzan a recorrer la feria entera. Han aprovechado una de estas paradas y se han bajado de su corcel. Se percatan de que la vida les ofrece muchas cosas. Son valientes. Temblaron al saber que el momento de bajar estaba pronto, pero tomaron la decisión.

Los inicios de curso, como éste, son las paradas del carrusel. En él se nos presenta una encrucijada: seguir dando vueltas o bajar y recorrer el resto de la feria. Son momentos de reflexión. Puedo seguir en medio de luces y música, seguir girando. Pero a la vez, la vida me presenta nuevas metas y expectativas. Es un tiempo propicio para recapacitar.

Hemos superado una etapa y con ello nos damos cuenta que nuestra vida no es estática. Terminamos un curso universitario u otro periodo de trabajo no sólo porque el tiempo nos arrastró cuando llegó su turno, lo mismo que el jumento da otra vuelta a la noria sólo porque completó la anterior, sin más remedio que seguir andando. No. Para toda persona sensata comenzar un curso conlleva un reto. Entraña mucho más que una marcha inercial y monótona. Para aquél que no está dispuesto a vivir por siempre girando sobre sí, la vida le presenta horizontes muy anchos. Para él, todo nuevo periodo entraña la determinación de nuevas metas por conquistar.

Salgamos del carrusel. No nos dejemos marear por su eterno rodar. Avancemos día con día, mes con mes. Afrontemos eso que nos cuesta afrontar. Precisamente eso que dejamos siempre para después. Aquello que rehuimos en cada oportunidad. Los retos son muchos pero nuestra capacidad para conquistarlos es infinita.